Tom. III. Num. 62. —89— 16 de Junio de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

CONTINUA EL EXPEDIENTE POÉTICO-PROSÁICO.

Sumaria de pobreza que presenta la parte interesada en esta cuenta.

Testigo Rita Farandóla.

Queriendo cumplir hoy lo que promulga
el auto pronunciado ayer mañana,
presentó por testigo nuestra Juana
á Rita Farandóla, alias, la Pulga:
la cual con la viveza de su apodo,
enterada que estuvo ya del cuento,
y previo el oportuno juramento,
soltó la lengua hablando de este modo:—
«Que es cierto que conoce á la Rodrigo,
y que es tan infeliz.... tan desgraciada,
que la ha visto comer pan de cebada
por no poder comprárselo de trigo:
que su escasez es tal y su penuria,
que no tiene mas ropa que la puesta,
y aun si la pobre hacerse pudo esta,
fué lavando la de otros en el Turia:
que todo su equipaje verdadero
en verano, en invierno y en otoño,
se reduce á las prendas de su moño,
á la cama, tres sillas y un pandero;
y aunque alguno lo dicho en chanza toma,
ó crea exagerado tanto apuro,
lo que es cierto, verídico y seguro,
que pasa nada mas.... de lo que come.»
Esto dijo la Pulga vocinglera,
cuya edad no se sabe á punto exacto,
puso una cruz por firma, y en el acto
sin decirnos—adios—se marchó fuera.
En vista de lo cual su Señoría,
despues de haber firmado yo el notario,
al pié de este papel semi-calvario
hizo otra cruz junto á la firma mia.

Otro testigo Juan Candiles.

Insiguiendo esta parte en su gran prisa,
sin transcurrir siquiera el menor rato,
encajó dentro en mangas de camisa
al tio Juan Candiles, vulgo, el Chato:

quien apesar que en buenas conjeturas
con su apellido ofrece muchas luces,
despues de haber jurado con tres cruces,
nos dejó con sus dichos casi á oscuras.
Su modo de espresarse fué el siguiente:—
«Que le es en sumo grado cosa estraña
verse él solo llamado á tal campaña
habiendo en este pueblo tanta gente:
que en su declaracion será conciso
por mas que esto le duela al escribano,
pues su trato con Juana es tan lejano
cual un patio lo está de un tercer piso
que no puede decir qué hay en su casa,
ni si á jornal trabaja ó á destajo,
ni si lo pasa mal, ó bien lo pasa,
porque ella vive arriba, y el abajo.»
Aquí selló su labio el que declara,
y apesar de que el brazo del alcalde
le amenazó, y aun casi.... con la vara,
contra el Chato fatal todo fué en balde.
Ni aun siquiera firmar quiso este escrito,
aumentando con ello sus deslices,

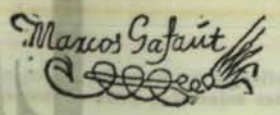
mas no creyéndole jurisperito.....
lo hicimos yo y el otro en sus narices.

OTRO, MARCOLFA N. LA CANARIA.

A fin de remachar esta sumaria
con todos los bemoles de la solfa,
tomó parte en la misma una Marcolfa
llamada vurgalmente *la Canaria*.
Juró tambien por Dios y por los santos
con ademan contrito y reverente
decirnos la verdad tan solamente
en el trino y gorgeo de sus cantos:
y tras de estos preludios y protestas,
haciendo con sus alas muchos mimos,
á las varias preguntas que la hicimos
fué dando de esta suerte sus respuestas:—
«Que desde su mas corta y tierna infancia
conoce á la mujer de que se trata,
y en verdad en verdad que hablando en plata
ni le envidia, ni arrienda la ganancia:
que no goza mas bienes, que sus males,
que por cierto le sobran no pequeños,
pudiendo asegurarse que ni en sueños
vió juntos en su vida treinta reales.
Que las rentas, haberes y productos,
de que es dueña la Juana referida,
se deslizan por varios acueductos,
dó se gana, lavando, la comida.»
Dijo aun mas la volatil declarante
con su acento ridículo y parlero;
pero Marcos lo deja en el tintero,
creyendo que lo dicho es muy bastante.
En suma la Canaria cerró el pico,
firmando con sus garras de lechuza;
el alcalde no firma, pero cruza,
y yo en vez de dar fe.... lo certifico.—

DILIGENCIA.

Tratando de apurar yo
si quedaba algun testigo,
María Juana Rodrigo
me ha contestado que—nó.
Viendo pues que ya acabó
con su prueba y mi paciencia,
en el acto y con urgencia
pongo la pluma en la mano,
y como buen escribano
lo firmo por diligencia.



AUTO EN VISTA.

Caladas sus antiparras,
muy serio, formal y tieso,
en vista de este proceso
dijo el alcalde de marras:—
Ya que observo, miro y toco
que la parte interesada
lo que disfruta es tan poco
que casi no tiene nada;
dígase lo que se diga,
sin perjuicio y por ahora
declaro á dicha señora
pobre, y si quiere, mendiga.
Y en cuantas partes ó partos
pida el auxilio curial,
sírvasela como á tal,
y con papel de á dos cuartos:
nombrando para el debate,
ya que el turno los atrapa,
al escriba Braulio Uñate,
y al fariséo Garrapa.»
Ved aquí ni mas, ni menos
lo que acordó su mercé,
él solo, y sin hombres buenos;
de todo lo cual.... doy fe.

DILIGENCIA DE NOTIFICACION SIN RESULTADO.

Juana, he venido á buscarte,
y á decirte lo que pasa,
pero no te encuentro en casa,
porque estás.... en otra parte.
Y ya que este trabajo no se cobra,
pondré la media firma, y aun te sobra.

NOTIFICACION.

Aunque de cólera estalle,
(dije yo para mi capa)
enteraré donde le halle
al procurador Garrapa;
y en esto.... le ví en la calle.
Causóle gran sorpresa esta noticia,
porque es hombre enemigo del trabajo,

mas temiendo el furor de la justicia,
murmurando entre dientes firmó abajo.—

El maestro Pablo Garraga

Marcos Gafaút

OTRA. } Doy fe de que esta mañana
he notificado á Juana.

Gafaút

OTRA NOTIFICACION Y FÉ DE ENTREGA. } Tambien enteré muy cauto
al amigo, que se fija
en el contesto del auto,
Braulio Uñate y Lagartija;
á quien entregué en un lio
este sumario completo,
cumpliendo con el decreto
que le nombra en lugar mio.
Y empuñando los dos nuestros tinteros,
armado cada cual de negra pluma,
debajo de esta resta ó de esta suma
pusimos nuestros nombres *verdaderos*.

Braulio Uñate. Marcos Gafaút

(Se continuará.)

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

EXTREMA CONDESCENDENCIA !!! ESPANTOSO FATALISMO !!!

HALLÁBAME en Barcelona tomando café en el *del Espejo* con un amigo mio que tuvo la bondad de convidarme, y que por esta razon le llamo amigo mio, cuando entró y se sentó á una mesa inmediata, al lado de dos compañeros que al parecer le estaban aguardando, uno de esos hombres gacetas que recogen, Dios sabe cómo, cuantos sucesos políticos y domésticos tienen lugar diariamente en la poblacion en que habitan, y luego los refieren de pe á pa en todos los puntos donde concurren curiosos que no hayan quedado satisfechos con haber aprendido de memoria desde el título hasta el nombre del editor responsable, todos los periódicos del dia. El hombre gaceta que entró en el café en que yo me encontraba, es en su género una verdadera notabilidad. Sabe todas las noticias mucho antes que las autoridades que las reciben por extraordinario, de suerte que parece tener á su disposicion un telégrafo invisible, por cuyo medio se le comunican cuantos sucesos ocurren en la Península. Sabe al mismo tiempo dar á las noticias tan rápida circulacion, que él solo vale mas para el caso que todo el enjambre de ciegos que se destaca de la imprenta nacional apenas ha hecho provision de gacetas extraordinarias. Con mas razon que el *Historiador* podria titularse *todos los periódicos en uno*; y en verdad, no podemos explicarnos cómo á un hombre de esta naturaleza se le permite salir sin hacer depósito, y sin sujetarse á todos los demas requisitos de la ley de imprenta. Y no se crea que se ocupe solamente en noticias que tengan alguna relacion con la política. Conoce todo el vecindario y las extravagancias de cada vecino, y se complace en darlas á conocer á todos los demas, importándole un pepino de las reputaciones que su lengua sacrifica á la curiosidad de su auditorio. Este es siempre numeroso; los hombres en general desean reirse á costa de sus semejantes, y de consiguiente no es estraño que los cafés, á que habitualmente concurre nuestro hombre gaceta, esten llenos de gente que le aguarda con ansiedad.

Entre varios sucesos y ocurrencias pertenecientes á la crónica local, refirió una anécdota que prueba hasta donde puede llegar la condescendencia de un buen marido.

Pancracio Moron, jóven aragonés, hijo de una casa pobre pero honrada, dejó su familia en Balbastro para emprender en Barcelona la carrera de cirujano sangrador. Su buena madre le adicionó la chaqueta con un par de faldones para elevarla á la categoría de casaca; le hizo poner medias suelas en los zapatos; le equipó con seis pares de calcetines; le entregó dos pares de pantalones de mahon con trabillas de lo mismo, que no tenian de ancho un través de dedo; tres camisas de hamburgo; el sombrero menos viejo del padre de su padre, ribeteado de mugre, de anchas alas y de voluminosas dimensiones, como acostumbran usarlo los barberos para meter en él el jabon, las navajas y demas accesorios del arte; completó su estuche con las únicas tijeras que ella tenia para sus labores domésticas, y con lágrimas en los ojos le dió un adios, un abrazo y su bendicion. Pancracio, apenas llegó á Barcelona, se matriculó, sufrió el exámen de reglamento y entró de mancebo en una barbería de la calle del Conde del Asalto. Debiendo solo á la navaja sus medios de subsistencia, no gozaba en verdad de comodidades que hiciesen envidiable su suerte; pero tocaba la guitarra como pocos, y esta habilidad le abrió las puertas de un porvenir mas lisonjero que el que tenia derecho á prometerse.

En el primer piso de la casa de enfrente vivia una soltera con mas años de los que ella queria, y con mas gana de casarse que de rejuvenecerse. Habia visto una tras otra pasar del hogar paterno al tálamo nupcial siete hermanas, y se moria de calor y de envidia viéndose condenada á quedar en el mundo para vestir imágenes. Ella era la mayor de la familia, y esta circunstancia la hacia rica, por lo que la hubiera complacido sobremanera si al mismo tiempo no la hubiese hecho vieja. Cuantos polvos se han inventado para limpiar la dentadura, cuantas pomadas se han encomiado para conservar el pelo, cuantos cosméticos se han preconizado para desarrugar el cútis, figuraban en el tocador de la solterona, que muy emperejilada y cubierta de perifollos, horas y horas se ponia de cimbel en el balcon, manifestando con los ojos á cuantos pasaban por la calle con sombrero, que allí habia una habitacion desocupada. Nuestro novel barbero fué el único que se dejó seducir por las insinuaciones de Enriqueta. Este era el nombre de la solterona. Notó Pancracio que cuantas veces tocaba la guitarra, Enriqueta alargaba el cuello, como el cisne que busca un caracol en el fondo de un estanque, ansiosa de salvar la distancia que de él la separaba. Supó que era rica y no tuvo necesidad de mas para

enamorarse como un Torcuato Tasso. Hubo truequé de miradas, gestos mútuos y señas recíprocas; por espacio de dos meses el telégrafo de los dos amantes estuvo trabajando todas las horas de sol que tiene el dia. Pancracio no pensaba mas que en Enriqueta, y de tal modo tenia ocupada la imaginacion, que cuando afeitaba á algun parroquiano, fijaba la atencion tan poco en la operacion que estaba practicando, que á menudo le hundia hasta los huesos la terrible navaja.

El amor no es una ciencia especulativa, y todas las teorias le cansan si no puede reducirlas á la práctica. Así es que el platonismo de su pasion aburrió muy pronto á nuestros dos amantes, que hijos ambos del siglo XIX, marcharon en derechura á lo positivo. Quisieron emplear otros medios de comunicacion mas seguros que los telegráficos, quisieron verse mas de cerca y revelarse verbalmente. Esto no dejaba de ofrecer grandes obstáculos, pero ¿cuáles no allana el amor, y sobre todo el amor de una mujer? Con Enriqueta vivia no mas que su padre y una criada; su madre hacia algunos años que habia pasado á mejor vida. El padre y la criada se querian como un cura y su ama, y una criada querida del padre no se deja fácilmente sobornar por los hijos. Al contrario, estos en ella encuentran constantemente un fiscal de todas sus acciones. Así es que Enriqueta no se atrevió siquiera á ensayar ningun medio para corromper á la fámula, y con su auxilio introducir á Pancracio en la casa en ocasion que estuviese el padre fuera. El padre no dejaba de salir de casa todos los dias, como que estaba empleado en el real patrimonio; pero quedaba constantemente la criada hecha un Argos de la pobre Enriqueta. Para el barbero, de consiguiente, todas las puertas estaban cerradas; no veia ningun camino para conducirse á su objeto. Mas Enriqueta, con el ingenio aguzado por el amor, encontró uno y fué el siguiente.

El padre de Enriqueta era un hombre pulcro; era uno de esos vejetes para quienes la vida no tiene invierno, y que hasta á la tumba quieren bajar con las botas limpias y la camisa bien planchada. Afeitábase todos los dias, y sin haberse hecho la barba no hubiera ido á la oficina aunque le hubiese costado el empleo que, sea dicho de paso, para nada lo necesitaba, y que hubiera venido perfectamente á mas de cuatro infelices que estan pereciendo de miseria apesar de su idoneidad y de una hoja en que constan sus buenos servicios. Desgraciadamente el padre de Enriqueta se afeitaba solo, y de consiguiente ningun barbero frecuentaba su casa. A hacerse necesario el barbero se dirigieron principalmente todos los conatos de la enamorada niña. Conseguido esto, de modo se lo habia ella de manejar que fuese el barbero de su padre su querido Pancracio. Al efecto, en ocasion en que su padre estaba fuera y la criada ocupada en la cocina, entró en el gabinete de aquel, cogió el estuche, sacó las navajas, y pasándolas y repasándolas de corte por el borde de un tintero de laton, en breve consiguió mellarlas é inutilizarlas completamente. Luego las volvió al estuche y lo dejó todo como si tal cosa.

Al dia siguiente hubo la de Dios es Cristo. Don Emeterio, el padre de Enriqueta, quiso afeitarse; estaba ya enjabonado, abrió el estuche y vió la terrible metamórfosis que sus navajas habian sufrido. En lugar de navajas encontró sierras. Alborotó, refunfuñó, gruñó; llamó á la criada, llamó á su hija, fulminó contra las dos cargos muy graves; pero la firmeza con que ambas rechazaron la acusacion, dejó á D. Emeterio sin palabra. Bien conocia este que precisamente una de las dos habia de ser la culpable, porque en su casa no entraba nadie mas que ellas, absolutamente nadie; pero al mismo tiempo á ambas las juzgaba incapaces de una accion propia solamente de chiquillos, repugnante al carácter de una y otra, y que consideraba sin objeto, porque él no lo sabia adivinar. Apaciguóse, y apenas estuvo tranquilo, le dijo Enriqueta con afectada amabilidad. —Pero, padre mio, ¿cómo lo hará usted ahora sin navajas? ¿va usted á salir sin afeitarse? ¡cuán feo está usted así! ¿quiere usted que llamen á un barbero?—Mucho lo siento, hija mia; pero no tiene remedio, que lo llamen. No bien habia dicho estas palabras D. Emeterio, cuando Enriqueta estaba diciendo á la criada: dice padre que vayas á la *tienda de enfrente* para que venga *alguno* á afeitarle desde luego. D. Emeterio no habia localizado el punto de donde debia venir el barbero, ni habia dado la preferencia á ninguno; pero Enriqueta tuvo á bien mandar por el barbero de enfrente para..... ahorrar pasos á la criada. En esto no hay malicia.

La criada entró en la barbería, cumplió con su comision y se fué. Pancracio, que ya habia recibido por telégrafo noticia de lo que estaba pasando, salió tras la criada casi pisándola los calcañares. Ambos llamaron á la vez en casa de D. Emeterio; Enriqueta les abrió la puerta y experimentó una sensacion inesplicable al ver tan de cerca al objeto de sus ansias. Le pareció hermoso y vestido de última moda. Su corazon saltaba como si quisiera salirse del pecho, y la dió tal temblor de piernas, que casi no acertaba á andar ni á tenerse en pié. Introdujo en el cuarto de su padre á Pancracio, el cual procedió desde luego á la operacion por la que habia sido llamado. El buen mancebo hizo cuanto pudo para grangearse la confianza de su futuro suegro, y realmente lo consiguió. Aquella rapadura fué una obra maestra del arte. Prendóse D. Emeterio de la ligereza de la mano de Pancracio, de suerte que le asalarió para lo sucesivo y le pagó un mes adelantado, que el mancebo hubiera rehusado de buena gana, si no hubiese temido revelar con su generosidad el amoroso interés que debia disimular á toda costa.

Tenia Pancracio un no sé que de bondadoso que fácilmente cautivaba todas las voluntades. Así es que á los pocos dias de frecuentar la casa de D. Emeterio, logró hacerse á los ojos de este simpático sobremanera. Cuando tuvo el terreno bien preparado, aguijado por su amor y por las exigencias de Enriqueta, pidió la mano de esta á su padre, que no solo se la rehusó, sino que le echó de su casa á cajas destempladas. Sin embargo, no por esto murieron las esperanzas de los dos amantes. El amor de Enriqueta era demasiado profundo para sacrificarse á las exigencias paternas, y el de Pancracio estaba cifrado sobre cálculos demasiado positivos para ahogarlo en su corazon ó, por mejor decir, en su cabeza; pues mas era amor de cabeza que de corazon, sin haber antes procurado vencer cuantos obstáculos se le oponian. Volvieron los dos enamorados á establecer sus telégrafos, como único medio de comunicacion que les quedaba y del cual se vieron tambien privados á los pocos dias. Mandó el padre cerrar todos los balcones que daban á la calle, y prohibió á su hija formalmente abrirlos aunque pasase el viático. Estas medidas rigurosas y escepcionales no hicieron mas que avivar la pasion de la muchacha, que no pudiendo sobrellevarla, empezó á ponerse flaca como un cadáver hasta el extremo de dar á su padre mucho cuidado. Esta circunstancia, el cariño que habia profesado á Pancracio y la fatalidad de no haber encontrado otro barbero que con tanta maestria le hiciera la barba, le obligaron por fin á acceder á la voluntad de los dos amantes, lo que hizo despues de haber consultado la de la criada y haber obligado á admitir á Pancracio las dos siguientes condiciones: afeitarle todos los dias aun-

que estuviese casado con su hija, y vivir con esta separados de su casa. Esta última condicion fué atribuida por el vulgo murmurador á la criada, que sin duda la impuso para obrar mas á sus anchuras con su amo y participar mas abiertamente de su soberanía.

Pancracio y Enriqueta se casaron ¡Dichosos ellos! decian los hambrientos condiscípulos de Pancracio que solo en las riquezas veian la felicidad ¡Desgraciados! decian los que solo la veian en la posesion de la hermosura. Nosotros nada decimos. Si fueron desgraciados ó felices, poco tardaremos en saberlo.

Enriqueta era rica. Su padre tenia muchas fincas urbanas y rurales que todas debian pasar á su poder y de este al de sus hijos, si tenia la fortuna de tenerlos. De otra suerte todos sus bienes pasaban á su segunda hermana, y en este caso el marido si la sobrevivia se quedaba, como suele decirse, á la luna de Valencia. ¡Cuán grande, pues, no debia ser el empeño de Pancracio en tener hijos! Su mujer no gozaba de muy buena salud, y por otra parte tenia mucha mas edad que él, por lo que segun todas las probabilidades debia sobrevivirla. Sobrevivirla y volver á la vida de pobre despues de haber gozado todas las comodidades que las riquezas proporcionan, era una cosa atroz, una cosa que solo el pensarla le hacia estremecer. ¡Qué no hizo el buen Pancracio para tener sucesion! Al primer año de matrimonio su mujer se hizo embarazada y abortó; al segundo le sucedió otro tanto, y otro tanto al tercero, hasta que por fin pasó otros tres sin dar la mas mínima señal de fecundidad. Pancracio estaba desesperado. Se asesoró con todos los facultativos de mas nota; hizo mudar aires á su mujer, la obligó á visitar ciertas capillas y á beber ciertas aguas á que atribuye el vulgo supersticioso las mismas facultades que al Espíritu-Santo; pero todo en vano. Por fin, cansado de la infructuosidad de sus tentativas, pasó con su mujer á Galicia, donde dicen que raras veces se encuentra una mujer estéril. En efecto, estableciéronse en Comarinas, y á los dos meses de estar allí, notó Pancracio que el vestido de su esposa por detras crecia y se acortaba por delante. ¡Qué felicidad! Como el objeto que les detenia en Galicia se habia ya conseguido, regresaron inmediatamente á Barcelona, donde con ansiedad estuvieron aguardando el dia del bautizo. El padre de Enriqueta debia ser padrino y madrina la madre de Pancracio, á la cual mandó este al efecto una buena cantidad de dinero para que se presentase con lucimiento á sacar de pila al futuro fruto de su amor.

Segun cálculos de Pancracio, que debemos suponer exactos, (dijo el hombre gaceta que en 4 de enero del año pasado estaba refiriendo esta anécdota en el café del Espejo,) ayer entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo. Sabidos son los deseos extravagantes y singulares caprichos de una mujer embarazada, los cuales son tantos mayores, cuanto mas facilmente con ellos se transige. Pancracio, tratando á toda costa de impedir un aborto que hubiera aguado las esperanzas de toda su vida, accedia á los antojos de su esposa con una docilidad de que no hay ejemplo en los anales matrimoniales, y si alguna vez manifestaba no hallarse dispuesto á doblegarse á alguna exigencia demasiado repugnante, su mujer le hacía ceder á la fuerza amenazándole con el aborto. A esta palabra terrible Pancracio sentia erizársele el pelo y despegársele la carne de los huesos, y le faltaba valor para la resistencia. ¡Cuánto abusaba Enriqueta del dominio feroz que debia á esta amenaza! Largo seria enumerar todos los abusos de autoridad de Enriqueta no menos que los ejemplos de condescendencia que ha dado el buen Pancracio, y que el hombre gaceta refirió con aplauso de sus oyentes; por lo que yo en obsequio á la brevedad, me contentaré con exponer uno que vale por todos, y que tiene la circunstancia de ser el mas reciente.

En la tarde del dia en que entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo salió á paseo con su esposo, por haberla aconsejado los médicos que hiciese diariamente un rato de ejercicio moderado para precaver el aborto. Ya casi era noche, cuando volviendo á su casa por una de las muchas travesías que desemboran en la magnífica calle del Conde del Asalto, al tibio resplandor del último crepúsculo divisó Enriqueta los tristes despojos de un gato muerto. Tambien las miradas de Pancracio tropezaron con aquella asquerosa carroña y se desviaron con horror. Como es natural, los dos esposos siguieron adelante su camino; pero apenas habian dado cuatro pasos cuando Enriqueta, exhalando un suspiro, dijo: —¡Ay Pancracio! ¿no has visto? ¿no has visto, Pancracio? —¿Qué? respondió este.—¿No has visto cuatro pasos atras, en la acera de la derecha, un conejo muerto?—No tal, si es un gato.—¡Ay! ¡un gato! ¡qué gusto! Vamos á buscarle, Pancracio.—¿Estás loca?—Vamos á buscarle.—Pero, mujer...—¡Vamos á buscarle ó aborto! Palideció Pancracio; retrocedió los pasos que le separaban del fétido cadáver; le asió lo menos que pudo con

solo dos dedos; le despegó de la acera, y lo presentó á su esposa, revelando sus ascos con un gesto que no se puede definir. Hizo que su esposa acelerase el paso todo lo posible para llegar pronto á casa y desprenderse de aquella carga inícua que le pesaba mas que una cadena, sin augurar el desdichado las nuevas calamidades que le aguardaban. Apenas se habia Enriqueta quitado la mantilla, cuando la dijo Pancracio:—¿Qué quieres que haga de este animalito? ¿dónde quieres que lo echemos?—¡Echarlo, dices! ¿estás en tu juicio? corre, Pancracio, con él á la cocina, desuéllalo, limpialo bien y frielo.—¡Cómo! ¿quieres comerlo?—Pues es claro.—¡Qué horror!—Pronto, date prisa.—Es imposible, imposible.—¿Imposible, dices? ¿con qué estás empeñado en que yo aborte?—¡Oh! no, mujer; Dios nos libre de semejante calamidad; se hará lo que tú quieres; llama á la criada...—¡Cómo! ¡la criada! tú mismo lo has de limpiar, tú lo has de desollar, tú lo has de freir.—¡Jamas! ¡jamás! ¡eso es ya demasiado!—No lo hagas, ingrato, no lo hagas... ¡Qué dolores son esos, Dios mio! ¡no hay remedio, yo aborto! Y se puso ambas manos en la arqueada barriga, y casi sin sentidos se dejó caer en un confidente. ¿Qué podia hacer Pancracio en tal conflicto? Llamó á la criada para que tragese agua y vinagre, y mientras

esta socorria á su señora, él se entró en la cocina, desolló el gato, le hizo tajadas, lo lavó, lo frió, y lo presentó en un plato á Enriqueta que ya habia vuelto en sí de su desmayo.—Toma, hija, come, la dijo.—Quiero, dijo ella, que comas tú antes una tajada.—¡Yo!—¡Bien! ¡no la comas, cruel! mas ¡ay! ¡yo aborto!—¡Abortas! ¿con que no hay mas remedio que comer yo una tajada ó abortar tú? ¡Está bien, la comeré, la comeré! Cogió la tajada que le pareció menos asquerosa, y con el estómago revuelto cerró los ojos á la manera del desesperado que se precipita de una gigantesca torre, y consumó el espantoso sacrificio. Luego le acosaron náuseas, su rostro tomó un color terreo, y con voz apagada dijo á su esposa:—Toma, come tú ahora.—Yo no quiero, respondió ella con ira poniéndose de piés. —¿Pero por qué?—¡Porque tú te has comido el mejor bocado!—¡Llévete el diablo! refunfuñó Pancracio entre dientes, y se encerró en su gabinete, donde es fama que hasta las tripas echó por la boca.

Hasta aquí la anécdota tal como la contó el hombre gaceta. Ahora yo debo añadir que Pancracio Moron era el mismo hombre con quien estaba yo tomando café. Por esta razon sin duda, no queriendo ser testigo de las afrentosas risas de los concurrentes, apenas oyó que el hombre gaceta pronunciaba su nombre y apellido, se zampó de un sorbo todo el café que le quedaba en la taza, se levantó, dió un napoleon al mozo, y sin esperar que le dieran la vuelta se escurrió como un raton pesado y me dejó sin decirme adios. Sin volverle á ver pasé dos meses, al cabo de los cuales le encontré abismado en profundas meditaciones en un extraviado sendero de la montaña de Monjuí. Me pareció que estaba muy melancólico, y preguntándole la causa de su tristeza, me respondió que no podia por mas tiempo sobrellevar el peso de la vida. Me dijo que cuando estaba persuadido de que su mujer habia entrado en el noveno mes de su embarazo, los médicos acababan de disipar todas sus ilusiones, asegurándole que su esposa no estaba embarazada sino hidrópica. ¡Qué horror! dije yo entre mí, ¡aprender esta verdad terrible despues de haber comido gato para evitar un aborto!

Al dia siguiente entre estrepitosas carcajadas estaba el hombre gaceta en el mismo café del Espejo refiriendo lo que me habia dicho Pancracio el dia antes. ¿Por qué conducto lo supo?

Treinta dias despues el mismo hombre gaceta estaba arrancando lágrimas á un numeroso auditorio refiriéndole la horrorosa catástrofe de un jóven, cuyo cadáver encontraron en la *mar vieja* algunos pescadores. El cadáver estaba expuesto á las miradas públicas en *la Columna* (1). Fuí á verle, y reconocí en sus facciones á Pancracio Moron.

Si el infeliz hubiese tardado dos dias mas en quererse suicidar, seguramente no se hubiera conducido á este terrible acto de desesperacion. Los médicos que calificaron de hidropesía la preñez de su esposa se equivocaron de medio á medio. Tan bárbaro fué su diagnóstico, que al dia siguiente de la muerte de Pancracio, su mujer dió á luz nada menos que dos hijos rollizos y sanos como una manzana. Parecian un bollo de manteca, si bien uno de ellos nació con un gato en la espalda, á consecuencia sin duda del deseo que tuvo su madre en la época del embarazo y que no pudo satisfacer por haberse zampado Pancracio el mejor bocado.

A. Ribot y Fontseré.

(1) Sitio en el hospital civil de Barcelona donde se depositan los cadáveres desconocidos antes de llevarlos al cementerio ó á la sala de diseccion.

Á MI AMIGO

D. Agustin Alfaro.

Dias hace que intentó
mi inspiracion quimerista
buscar un antagonista
de mas veneno que yo.
Me harto de tirar el guante,
y no pude hallar el majo
por arriba, por abajo,
por detrás ni por delante.
Pregunté una vez y cien
de algun quimerista el nombre,
y por fin me dijo un hombre
con cara de hombre de bien:
Yo le diré brevemente
donde hay un espadachin
tal que le han de dar esplin
las señas del combatiénte.
Yo busco, repuse al punto,
un genio de buenas alas,
sin miedo á bombas y balas,
alto flaco y cejijunto.
Talento claro y precoz,
abortado del Leteo,
que me supere en lo feo
y me aventaje en lo atroz.
Lo que usted quiere es muy raro,
me respondió su merced;
no obstante ¿conoce usted
á Don Agustin Alfaro?
Pues en él de Barrabás
hallará la imagen viva,
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.
Busqué al tal espadachin,
y dije nada me empacha,
ya tienes á Juan en facha,
ponte tú en regla, Agustin.
Aunque me venzas y pises
¿á quién tienes interés?
¿á una fea con parnés,
ó á una bella sin monises?
Tras un silencio profundo
vino á escoger lo primero,
y yo por blandir mi acero
me decidí á lo segundo.
—Hábla tú.—Te toca á tí.
—Dá principio.—Empieza tú.
—En fin, dado á Belcebú,
tomé aliento y dije así:
Aunque tu pecho desea
fea con unto de rana,
yo diré tarde y mañana
Dios me libre de una fea.
Que es camino horripilante
donde no hallarás atajo,
por arriba, por abajo,
por detrás ni por delante.
¿Cuáles serán tus apuros,
marido de rica dama,
si has de meterte en la cama
con un talego de duros?
Cuando te empache la fiesta
dirás del oro al balago,
si buen dinero me trago
buenos suspiros me cuesta.
Nunca sospecha una hermosa
sabiendo que ha de vencer;
la fea tiene que ser
por necesidad celosa.

Que aunque adorne con la salsa
del oropel sus contornos,
sabe que entre los adornos
solo hay una piedra falsa.
Dime tú si tendrás celo
por una novela ingrata,
aunque con broches de plata
se encuaderne en terciopelo.
Yo tengo el gusto mas fino,
y no te pienses que ceda
porque me des á Espronceda
con forro de pergamino.
Talento tuvo mayor
el que dijo con solapa,
que bajo una mala capa
se oculta un buen bebedor.
Verdad es, voto al demonche,
que habiendo inmensos tesoros
comerás bien, tendrás toros,
beberás borgoña y ponche.
Mas ¿tendrás gana de risa
si tu mujer se incomoda
y te encaja que á la boda
fuiste con mala camisa?
Por no armar un alboroto
huyo de trance tan fiero,
mujer que tiene dinero
nunca lo echa en saco roto.
No de madres y de abuelas
las ricas hijas exijas,
busca, Alfaro, buenas hijas,
pero no buenas hijuelas.
Que una rica fierabrás
es una planta nociva
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.
Y no presumas que vivo
sin apego á los parnés,
quizá mi desinterés
es interés positivo.
Ya verás tú si mi musa
se va al infierno quizá
en atrapando una já
de esas que dicen *pantusa*.
Sin que mi ambicion avara
quiera faltar al decoro,
¿dónde habrá mayor tesoro
que un buen palmito de cara?
Verdad hallarás constante
ya examines mi trabajo
por arriba, por abajo,
por detrás ó por delante.
Si quiero amigos, no es cosa,
los tendré como lo digo,
que todo el mundo es amigo
del marido de una hermosa.
¿La calle de la Montera
quiero andar sin embarazo?
llevo á mi mujer del brazo
y me dejarán la acera.
Pienso estar en candelero,
pues los hombres principales,
ministros y generales
me quitarán el sombrero.
Iré al café sofocado,
tomaré de leche un pozo,
y al ir á pagar al mozo,
me dirá: «ya está pagado.»
Y no podré perecer
como otros en la aflicion,
porque si quiero turron
lo pedirá mi mujer.
¿Dónde hay ministro de pecho
tan escaso de sentido,
que no ponga «concedido»
á un memorial tan bien hecho?
Si á mas reflexiones subes,
el que tenga la intencion
de darla conversacion
me ha de poner en las nubes.
Dirá el seductor impío
cuando la tienda la red:
¡Qué marido tiene usted!
es íntimo amigo mio.
Aunque no me juzgue ducho
me llamará Ciceron,
y aunque me tenga aversion
dirá que me quiere mucho.
Aunque haga versos perversos,
dirá á mi cara mitad:
«bien merece esta beldad
quien hace tan buenos versos.»
Esto mi delicia fragua,
si hago un soneto ¡qué vena!
si un sainete ¡cosa buena!
deja atras al VASO DE AGUA.
Dará á mi mujer espanto,
que me alaben por detrás,
y me querrá mucho mas
sabiendo que valgo tanto.
De suerte que es vano el dolo
de los que están á porfia,
madurando la sandía
que me he de comer yo solo.
En tanto yo no me alejo,
pues teniendo esposa bella,
me estaré mirando en ella
lo mismo que en un espejo.
Enfermedades mayores
serán á mi cuerpo ajenas,
si hay quien endulce mis penas
y mitigue mis dolores.
En fin, no te digo mas
que una bella es lo que priva
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

Epigrama.

En ayunas un soldado
por las calles paseaba,
y solo un cuarto llevaba
consigo aquel desdichado.

Deseando satisfacer
el hambre que le cutia,
acércase á una mujer
que *¡á cuarto, á cuarto!* decia.

Va, llega, destapa un cesto
con sus manos diligentes,
y «*¡oh rabia!* dice *¿qué es esto?*
¡palillos para los dientes!

JOSÉ SEGUNDO FLOREZ.

AMBIGÚ.

Cocido de pescado.

Se pone en el fuego una cacerola con un trozo de manteca, zanahorias, cebollas, apio, nabos y toda especie de legumbres cortadas muy menudamente, se añade el mismo pescado en restos; se moja con un poco de agua; y cuando todo está en sazon, se le añade agua hirviendo con sal y un ramillete. Todo esto se pasa por un tamiz de seda para los usos necesarios.

Cocido simple.

Con agua, vino blanco y tinto, y aun mas frecuentemente con vinagre sazonado con manteca, sal, especias, romero, tomillo, laurel y especias finas, se cuecen los pescados algo voluminosos; y despues de haberlos dejado enfriar, se les echa sobre una servilleta en varios dobleces, haciendo inmediatamente una salsa con aceite, vinagre ó cualquiera otra.

Hay quienes aconsejan se haga hervir por algunos minutos todo lo que ha de servir para confeccionar la salsa de pescado, á fin de comunicarle mas gusto, y que en seguida se ponga en ella el pescado que se ha de aderezar, sobre todo si está tierna y en estado de cocerse en poco tiempo.

Agua de sal.

Se prepara haciendo hervir sal marina comun en agua; se despuma para sacarla del fuego: y cuando ya está completamente embebida, sea la que fuese la cantidad de sal que se haya empleado, se pasa para servirse de ella en caso necesario; y cuanto hubiese habido de demasiada sal queda en el fondo de la vasija.

Adobo cocido.

Será este de carne, cuando con los mismos aromas que para el cocido simple de que acabamos de hablar, se añade el caldo preparado con carne y vino blanco ó tinto, el que no debe tener mas que una hora de cocimiento. Será de vigilia, cuando en vez de caldo no se eche sino agua; y aun en lugar de caldo se puede hacer uso del vinagre ó del agraz.

Sábalo.

Se adoba en aceite, al que se añade sal, pimienta, perejil y cebollas picadas: se pone en la parrilla y se sirve con una salsa blanca con alcaparras, ó bien con un puré ó sustancia de acederas.

Sábalo en salsa.

Se sirve este pez con salsa blanca, como se ha dicho, ó solamente con aceite.

Anchoas fritas.

Se deslie suficiente cantidad de harina con vino blanco, de modo que tenga bastante consistencia, y se añade una cucharada de aceite; se meten en este pebre las anchoas, despues de haberlas desalado, y se dejan freir por bastante tiempo para servirlas calientes entre dos servilletas.

Las anchoas para ensalada y otras preparaciones en que se guste de ellas, deben colocarse como lo hemos indicado en los tratados de platillos. *Véase este artículo y el de manteca de anchoas.*

Anguila.

Son preferibles las de rio que tienen la espalda parda y el vientre blanco. Las de estanque tienen un color deslustrado y saben á cieno.

Anguila asada.

Hecha trozos de seis pulgadas, y mechados con tocino delgado, despues que se hayan echado en adobo, se dejan escurrir y se ponen en un asador con un trozo de miga de pan del mismo tamaño, colocado entre cada trozo de anguila; y asi se irán bañando con manteca. Cuando esten ya aderezados, se sirven con una salsa de pimienta. Tambien se puede no mechar la anguila y servirla con una salsa picante.

Anguila mechada.

Se la mecha con tocino delgado en toda la extension de su lomo, y por medio de un bramante pringado se la dispone en círculo para ponerla en el hornillo y servirla con toda especie de aderezo. Se puede tambien empanarla si se quiere.

Anguila á la tártara.

Se las quita el pellejo, despues de haberlas destripado, y se las hace trozos mas ó menos gruesos, echándolos en adobo; se les pasa luego por manteca, é inmediatamente por huevo friéndolos para servirlos con salsa simple ó verde.

Barbo y barbillo.

Se prepara como la mayor parte de los demas pescados y se frien ó ponen en parrillas. *Véanse estas preparaciones en el artículo de la Carpa.*

Abadejo.

Se toma un trozo de buen abadejo, y se le pone en agua por veinte y cuatro horas para desalarlo y ablandarlo, y en seguida se pone al fuego en una olla, advirtiendo que se debe retirar inmediatamente que empieza á hervir; se pondrá en seguida en una cazuela manteca, aceite, perejil y ajo, que se dejará desleir á un fuego moderado. Entre tanto se limpia el abadejo que se hace pedazos, despues se pone en la cazuela, y de tiempo en tiempo se le echa aceite, manteca ó leche. Cuando esté ya espeso, se menea por mucho tiempo la cacerola sobre el fuego, lo que hace que el abadejo se reduzca á una especie de nata. Si se quiere verde, se majan espinacas que se sustituyen al perejil.

Dorada.

Pescado sumamente chato que por lo regular se asa en parrilla para servirle con una salsa blanca de alcaparras ó de acederas.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.